

## SOCIEDAD, POLÍTICA Y DEBERES HUMANOS EN LA CONTEMPORANEIDAD.

Por: Elkin Emilio Villegas Mesa

*De modo que si la virtud, que tiene por objeto la unión y conservación de los hombres, no influye en el conocimiento de las cosas, éste queda árido y sin provecho; y lo mismo la grandeza de ánimo, si no es su primer móvil la unión y sociedad humana, degenera en barbarie y ferocidad.*

Marco Tulio Cicerón

### 1. Proemio

Desde los griegos sabemos que no existe una sola actividad humana que no esté regulada por los deberes morales, los cuales le imponen a la sociedad y a las actividades que en ella se llevan a cabo la obligación de acatarlos y hacerlos respetar. La realidad es que no existe una sociedad en la que tales deberes no sean avalados. La existencia humana no sería posible sin mecanismos de regulación, los cuales al parecer operan primero en la realidad social como discurso, enjambre de significantes e insignias preparatorias, para luego ser interiorizados simbólicamente por los sujetos y puestos en ejecución en la vida social por medio de una disposición anímica que es siempre variable, ya que todo depende, en último término, de la configuración del sujeto y la sociedad, pues aunque en el discurso jurídico, desde Cicerón hasta los tiempos actuales, se ha deseado que las leyes sean acogidas por todos los hombres por igual, la realidad muestra que la relación del sujeto y la sociedad con las obligaciones jurídicas es siempre desigual. Tanto el uno como la otra están determinados por la historia singular simbólica que los caracteriza y ninguno de ellos se puede vincular con la ley en la forma que lo exigen los ideales del momento y de la cultura.

Lo anterior parece una posición negativa, pero ello siempre ha sido así, y, en todas las épocas y culturas, una de las grandes preocupaciones del hombre en sociedad ha sido la de cómo hacer que todos los sujetos respeten la ley y con ello contribuyan a una vida armónica, solidaria y en relativa paz. Cicerón, por ejemplo, vivió un poco atormentado con la idea de que había sujetos que no se acogían fácilmente a lo establecido por la ley. Algo similar sucedió con Sócrates, quien también poseía, como Cicerón, una capacidad interna superior para acoger con responsabilidad el sistema simbólico de las obligaciones morales de su época. En esta perspectiva, es necesario decir que la ley es como un padre de familia, que pese a sus esfuerzos no consigue que sus hijos le obedezcan. A Cicerón le sucedió, pues, a pesar de sus deseos como padre, su hijo no fue capaz de circunscribirse en los ideales de aquel e hizo de la opción de ser un hombre sabio y prudente todo lo contrario: desde que era apenas un chiquillo “mostraba cada día una obstinación que no auguraría nada bueno en ese sentido” (Caldwell, 2011, p. 611). Es más, se podría incluso decir que cuando las expectativas del padre (o de la ley en nuestro caso) son tan grandes, se corre el riesgo de que el resultado sea por entero contrario al esperado, pues, como decía el apóstol Pablo, la ley crea el pecado.

Sin embargo, es claro que aunque la ley engendre el pecado, no podemos renunciar al intento de regular (con los mecanismos simbólicos que tenemos) los pensamientos y los actos del hombre, siendo la regulación psicológica quizá el objetivo principal, pues de nada sirve que existan multitud de leyes que a la postre los sujetos y las comunidades no puedan interiorizar. Ello es necesario y Cicerón sabía, como Hobbes, Rousseau y tantos otros, que el ser humano no puede ser libre absolutamente, por ello es que se habla del sujeto y de la culpabilidad estructural, es decir, de alguien que, quiera o no, está obligado a reconocer a los otros y a respetar los pactos simbólicos que se han establecido durante cientos de años. Los pactos simbólicos tienen la pretensión de operar como un contenedor interno de lo que la ley podría sancionar en la realidad material. El *no matarás* de la biblia judeocristiana es, en este sentido, la prohibición por excelencia que aglutina las demás obligaciones tendientes a respetar la vida humana, por encima de cualquier consideración. Interdicción que está en la base de las consideraciones actuales sobre los derechos humanos, los cuales son posibles por la presencia en la psique (individual y colectiva) de los deberes morales y del subsiguiente sentimiento de culpabilidad, como el problema esencial, según pensaba Freud, de la evolución de la cultura.[1]

Revisando la historia es fácil deducir que en todas las épocas han existido resistencias contra las obligaciones, como si una parte de sí, en cada sujeto o colectividad, aspirara a satisfacer sus exigencias pulsionales de manera narcisista. Narcisismo en el que, desde su modo de funcionar imaginario, el sujeto no quisiera hacer parte de un entramado social y prefiriera darle rienda suelta a los deleites, sin importarle cómo se afecte la vida de los demás. Cuando una nación es corrupta y cínica como la Roma de Cicerón (al carecer de sentimientos de culpa, que permitan llevar a cabo actos dignos y reparadores), prefiere el gobierno caprichoso de los hombres al predominio de la ley. Por este camino es claro, nos dice Taylor Caldwell, que se dirige a su propia destrucción. Y agrega:

El hombre nunca aprende las lecciones de la historia y sigue el mismo camino hasta la muerte. Eso se debe a que es malo por naturaleza. Consideremos los tribunos, los representantes del pueblo. ¿Quién recibe los votos de ese pueblo, el hombre virtuoso o el corrompido que les promete todo? [...] ¡Y qué importa que el hombre corrompido no cumpla sus promesas! Al pueblo no le importa ni se cuida de recordárselo. Le basta con que sea corrompido. La plebe se encuentra más cómoda en un ambiente corrompido que en uno bondadoso (2011, pp. 283-284).

Es cierto que algunos ideales son imposibles de ser llevados a cabo y que también existen normas jurídicas y obligaciones morales absurdas, porque no coinciden con la naturaleza humana o porque, aun coincidiendo con ella, el sujeto se considera incapaz de regirse por los mandatos de la ley. Es el caso, por mencionar solo algunos, de los violadores de niños, los estafadores y muchos asesinos, los cuales, presionados por grandes e incisivos ideales, terminan creando compulsiones irrefrenables que los hacen subvertir las normas para hacerse castigar. [2] ¿Qué sucede entonces con tales sujetos cuya voluntad no está al servicio de ningún ideal favorable a la protección de la vida, sino que están empeñados en desgredarla, estremecerla y acabarla? ¿Cómo dominar las inclinaciones perversas de lo

humano, sin caer en excesos que también podrían conducir por la misma senda de la insubordinación a lo que se espera que preserve la vida? A nuestra manera de ver, fue lo que Cicerón procuró hacer, a pesar de que en su tratado sobre las obligaciones pueden existir ideales exagerados e impracticables. No obstante, es preciso saber que ese ha sido el papel de los ideales, pues si el hombre, definitivamente, no los puede realizar, bien sea por utópicos (inalcanzables) o porque su constitución interna no le da para acogerlos, de todos modos se trata de una exigencia moral que se ha de intentar perseguir, así las probabilidades sean escasas, algo similar a la conquista del cielo (o de la salvación) por parte del fervoroso en las cosas de la fe.

Entonces, a pesar de las inconsistencias, es claro que entre la opción de no tener normas e ideales y tener muchos, aunque no se puedan alcanzar absolutamente, es mejor tener estos últimos, pues no sería imaginable un mundo en el que la ausencia de obligaciones tuviera lugar. El solo hecho de pensar en algo así es ya una desfachatez y una utopía, porque así en los tiempos actuales, de caída de los grandes ideales, se diga que todo está permitido, de todas maneras no es posible extirpar la presencia de los deberes y las normas jurídicas en nuestras vidas. Se podría decir que Cicerón ve en *Sobre la república* el fenómeno del declive de los ideales como libertinaje o saturación de licencia. Una situación en la que, apoyado en Platón:

...hasta las casas particulares se ven despojadas de autoridad, mal que se extiende incluso a las bestias, y finalmente que el padre tema a su hijo, y el hijo desconsidere a su padre, y que no haya poder alguno a fin de manifestarse más libre [...] que no haya diferencia alguna entre el ciudadano y el extranjero; que el maestro se acobarde ante sus discípulos, trate de halagarles y los discípulos se burlen de sus maestros; que los adolescentes se arroguen la autoridad de los ancianos, y que éstos se entretengan con las diversiones de los adolescentes para no resultarles antipáticos y molestos. De lo cual resulta que también los siervos se comportan demasiado libremente, que las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres y en una tan desenfrenada licencia hasta los perros, los caballos y los asnos circulan libre y pomposamente de forma que hay que dejarles el paso. Lego de esta desenfrenada licencia —prosigue Platón— resulta que el carácter de las ciudades se hace tan displicente y blandengue, que al mínimo acto de autoridad que se quiera ejercer sobre ellos protestan y no lo quieren soportar, por lo cual empiezan a despreciar las leyes, para no tener sobre sí a nadie que les mande (Cicerón, 1992, p. 45).

Más aún, ni siquiera el sujeto más perverso o psicópata de todos, podría vivir sin algunas reglas de convivencia. Así que, aunque las juventudes y los enemigos del orden social digan que los deberes morales y las leyes jurídicas son absurdas, [3] con el argumento de que ellas poco tendrían que ver con nuestras vidas en la actualidad, son estas de una importancia tan grande que sin ellas no se podría hablar del cuidado de sí (ética), el cuidado de los otros (política) y el cuidado de las cosas (ciencia). La cuestión es que detrás de estos tres cuidados también hay deberes, y cuando estos se encuentran reducidos se presenta una vida como la que Cicerón experimentó, o como la que nosotros tenemos que padecer en medio de las lógicas macabras del mercantilismo, el libertinaje y la búsqueda compulsiva de fruiciones que atentan contra la vida individual y colectiva. En palabras de Cicerón, el libertinaje

reduce a servidumbre a la comunidad demasiado libre. Tras la conquista militar de Lucio Cornelio Sila en la Roma agitada de su tiempo:

...contrariamente a las leyes de la antigua Roma, que colocaban todo el poder en manos de la asamblea pública, se dieron ahora al Senado poderes sobre dicha asamblea. Todas las medidas que se sometieran a ésta para ser rechazadas o aprobadas tenían que recibir primero el visto bueno del Senado, lo cual era una clara violación de la ley (Caldwell, 2011, p. 304).

Tanto los deberes morales como las normas jurídicas trabajan de manera erótica (o creativa) en pro de la protección de la vida individual y colectiva. Propósito final de los derechos humanos, los cuales, como instancia superior, han sido creados en última instancia para salvaguardar la vida y el lazo social entre los hombres, objetivo que las políticas de Estado y la dinámica de los políticos habrían de considerar, procurando no favorecer, sobre todas las demás cosas, el utilitarismo mercantil de la actualidad, pues cuando los roles se invierten y los fines del gobierno y de la participación política no son ya la vida y sus manifestaciones, estamos en crisis, pues lo que importa no son los deberes o las virtudes del pasado, sino solo el afán de lucro y la máxima rentabilidad. Estos dos factores, conjugados, terminan por arruinar al sujeto en cuanto a sus posibilidades internas, porque una cosa es la acumulación de riquezas materiales y otra muy distinta el acopio de los deberes y las obligaciones morales. Es lo que en Cicerón se conoce, si es lícito decirlo así, como dialéctica entre lo honesto y lo útil. Aquí, a decir verdad, queda en mejor posición la honestidad que la búsqueda de lo útil sin presencia de elementos virtuosos.

## 2. El pensamiento político de Cicerón

Como heredero de la tradición filosófica de los griegos, Cicerón exterioriza, en sus escritos sobre política, el influjo de aquella tradición que lo había marcado y lo acompañó durante toda su vida.[4] En este sentido se podría decir que Cicerón fue un político virtuoso, lo cual en nuestra época y contexto colombiano podría ser considerado algo absurdo, ya que el político actual, un poco a la manera del gobernante que Nicolás Maquiavelo describe en *El príncipe*, considera que la filosofía tiene un *modus operandi* por entero diferente al suyo, y por ello cree que no conviene conducirse a partir de las virtudes filosóficas, sino permanecer afincado en los criterios prácticos de la política, que requieren, para que haya resultados favorables, de una actitud realista, puesto que la filosofía se inclina más por el idealismo. Mientras el idealismo se asocia con lo imaginario de la filosofía, el realismo se solidariza con la política y el derecho. Por su postura humanista, Cicerón “pensó que podía hacer algo efectivo describiendo ante los ojos de sus conciudadanos las cualidades y circunstancias de un Estado ejemplar, sano y adaptado a las condiciones de la idiosincrasia romana” (Cicerón, 1992, p. XVI).[5] Idealismo que en cierta ocasión el epiléptico Julio César, en palabras de la escritora Taylor Caldwell, le criticó a Cicerón: “Querido Marco, ningún político puede mantenerse al margen de la corrupción, porque es tarea de la política el tratar con el pueblo y el pueblo inevitablemente corrompe. El hombre sólo es bueno en el reino de lo abstracto, y eso si quiere sobrevivir” (2011, p. 542).

Mientras el filósofo apunta en la dirección de los ideales, el político, dadas las características de su quehacer, está llamado a disponer de una actitud práctica, calculadora y realista. Desde Cicerón, el político ha tendido a hacer el semblante, para presentarse ante sus seguidores como un ser ideal, completo y sin esguinces o fisuras, como si las pasiones, la falta constitutiva y lo real-pulsional no hicieran parte de él. Según Lacan, lo real se resiste a la simbolización. Ello le ha permitido traicionarse y engañar a los otros con el discurso, y desviar de paso la mirada de muchos, avisados de su disposición para el goce. Soñar es algo que al político o al dirigente no le está permitido (así sus actuaciones hagan divagar a sus seguidores); sin embargo, Cicerón combinó, tanto en sus escritos como en su actividad pública como abogado, pretor, cónsul, gobernador de la provincia de Cilicia y orador, ambas fundamentaciones, aunque llevando siempre por delante las banderas de la honestidad, banderas que tomó como conocedor de los tratados políticos durante su estadía en Grecia, pues siempre fue partidario de gobernar de acuerdo con las leyes, así Julio César le hubiera dicho en una ocasión: “La ley es una ramera que se puede comprar pagando lo suficiente” (Caldwell, 2011, p. 775). Aspecto que muy pocos políticos en nuestro medio estarían dispuestos a realizar, pues ellos saben que la filosofía (y las ciencias sociales y humanas) introduce una especie de sensiblería que casi ninguno estaría dispuestos a patrocinar, en una época edificada sobre las bases del mercantilismo. [6]

En cuanto a la formación adquirida por Cicerón en Grecia, dice Taylor Caldwell:

Marco estudió en la escuela de Ptolomeo. Su voz recuperó su antiguo vigor y tomó lecciones de elocuencia y retórica del famoso sirio Demetrio. Antíoco de Ascalón se sintió encantado de poder instruirle en filosofía. También se inclinó por la escuela de Epicuro y fue enseñado por Fedro y Zenón. Jamás en Roma había soñado que la academia tuviera tanta majestad y sabiduría (2011, p. 469).

Sin embargo, Cicerón era conocedor, por los avatares de su época, del corto circuito que siempre ha existido entre la academia y la política. Combinación inevitable en ciertos contextos sociales contemporáneos, ligados a fenómenos de delincuencia y de corrupción, en los que al parecer muchos de sus administradores no se atreven a cuestionar dicha relación conflictiva, al considerarse, de manera narcisista, un pueblo de sabios como los eruditos griegos que vivieron entre los siglos VII y VI a. C., quienes sí se destacaron en los campos de la ciencia, la filosofía y la política.

Entonces, el porvenir de la política, si es que se desea perpetuar en condiciones favorables, tendrá que caracterizarse por el predominio de la argumentación, la lógica y, sobre todo, la equidad. Ya no más en la manipulación de las pasiones de las masas. La contemporaneidad parece no diferenciarse del ambiente en el que a Cicerón le tocó vivir. Dice el pensador romano, por medio de Caldwell:

El diario espectáculo de atrocidades ha ahogado todo sentimiento de piedad en los corazones de los hombres. Cuando a cada hora vemos u oímos referir un caso de crueldad, perdemos todo sentimiento humano. Los delitos ya no nos horrorizan y sonreímos ante las atrocidades que cometen nuestros jóvenes. Excusamos la pasión, cuando deberíamos comprender que los

apetitos incontrolados de los hombres conducen al caos [...] Preferimos a nuestros políticos, particularmente si fanfarronean con los jóvenes y son bromistas y embusteros [...] nos aguarda un terrible destino (2011, pp. 418-419).

Ahora, en cuanto a la equidad, Cicerón dice en *Sobre la república*:

Si en una sociedad no se observa una equitativa repartición de derechos, de deberes y de prerrogativas, de forma que los magistrados tengan un poder suficiente, una suficiente autoridad el senado y una suficiente libertad el pueblo, no puede esperarse una situación estable de la constitución del Estado (1992, p. 76).

En nuestro caso reciente se evidencia que la sociedad colombiana aún no tiene la ilustración ni la ética del deber suficientemente claros para elegir un filósofo como gobernante. [7] Como si de manera inconsciente se tuvieran bien definidos los oficios y los deberes del filósofo y del político. Ahora, es preciso decir, siguiendo el ejemplo de Cicerón, que el político también ha de ser un filósofo o un pensador y no simplemente una marioneta de las circunstancias, del poder y de los intereses mercantiles del momento, tal y como en muchas ocasiones sucede en nuestras sociedades contemporáneas, cada vez más influidas por una mentalidad caracterizada por la falta de obligaciones éticas, de sensibilidad social y de simpatía por el bien común; factores que, es necesario suponer, están en la base de la reflexión sobre los derechos humanos.[8] Derechos que si no se promueven, se defienden y se hacen aplicar sin vacilaciones por las instancias de la rama judicial, ello se debe, en muy buena medida, al hecho de que somos una sociedad inclinada hacia el mercantilismo y la utilidad, y muy poco reflexiva en cuanto a lo que realmente importa para la preservación de la vida individual y colectiva. Según Adela Cortina, existe un conflicto estructural entre la vida económica empresarial y el discurso de la ética.

La falta de humanismo en la dinámica del capitalismo actual es un problema que está llevando a las comunidades por un desfiladero, pues de nada sirve que estemos atiborrados de aparatitos tecnológicos, de construcciones arquitectónicas y de múltiples comodidades, si en nuestra vida interna no existen valores esenciales que condimenten la vida y le impriman a nuestras acciones un nuevo ánimo. En esta perspectiva, valdría la pena que nos replanteáramos el curso de nuestra existencia, pues tiene muy poco sentido humano trabajar y trabajar, con el único propósito de pagar cuotas para sobrevivir. La vida sin una reflexión sobre la esencia de lo humano es insípida y aburrida. Cicerón lo sabía y por ello también escribió sobre valores esenciales como la amistad. La amistad tiende a estar más ausente que presente en la dinámica del mercantilismo. En tales circunstancias, sería interesante que las reflexiones sobre los derechos humanos y cada uno de nuestros oficios estuvieran orientados por una actitud amistosa como la que Cicerón pregona.

Superar la postura del político egoísta, insaciable y utilitarista (de los tiempos actuales) por uno más comunitario, moderado y humanista (como Marco Tulio Cicerón) podría ser una gran revolución. Digamos que el reto del político en los tiempos modernos es transitar de la posición subjetiva del utilitarista a la situación del humanista. Y para ello se requiere

operar una renuncia a la compulsión por las cosas materiales y las riquezas, en beneficio del altruismo, el cual implica, al mismo tiempo, ir más allá de los deleites (o del goce no regulado) para concentrarse en una satisfacción más profunda, sublime y duradera. Al parecer, el político que conocemos está interesado en hacer solo semblante de solidaridad, grandeza de espíritu y amistad con los sujetos con los que se cruza a diario, mientras que el político que visualizamos, a la manera de Cicerón, no solo cultiva las antedichas virtudes, sino que además participa de la comunidad humana, en términos de una genuina amistad, pues sabe que el sentido de la existencia humana se dignifica a partir del vínculo con los demás. La política, en sentido griego y romano, es el cuidado de los otros, lo cual es un aporte considerable para el logro de la paz en cualquier contexto social y período de la historia, por medio del respeto, la solidaridad y el aprecio de los amigos, factores que la posición narcisista se encarga de obstaculizar.

Sin embargo, es preciso recordar lo que para el autor romano significaba el deber de la amistad, [9] la cual está íntimamente ligada con la solidaridad, las virtudes y la confianza propia de la salud mental. No como sucede actualmente en Colombia, donde, al decir del doctor Luis Carlos Restrepo, excomisionado de paz, lo que falla en la mentalidad de nuestros conciudadanos es, según el psiquiatra Erik Erikson, la falta de una confianza básica en el semejante, que da como resultado una postura paranoica estructurada a partir de la infancia; casos psicopatológicos en los que por lo general no se constituyó un pacto de confianza esencial con la madre, el padre y la familia. Se trata, según el psiquiatra Restrepo, de una especie de esquizofrenia social, que dificulta un proceso de paz como el que en Colombia estamos empeñados en conseguir. En cuanto a la salud mental, es preciso recordar que esta, por cuestiones propias de los deberes o de los oficios (en lo religioso, lo político, lo militar, etc.) también se puede perder o deteriorar, como el caso del general Lucio Cornelio Sila, quien bien podría simbolizar el caso de muchos hombres afectados por los efectos de la guerra en nuestro medio. Sobre él escribe Taylor Caldwell: “Detestó y odió a muchos, pero por razones de Estado evitó manifestar tales sentimientos, y tal represión acabó siendo mortal para su cuerpo y su alma” (2011, p. 415).

### **3. Ideas iniciales sobre la amistad**

En Cicerón se combinan de manera singular los oficios del político y las características del humanista que cree, piensa y cultiva la amistad. Una composición un poco extraña para nosotros en los tiempos que corren, porque ni el político es lo que era entre los griegos y los romanos ni el humanismo de ellos tiene mucho que ver con lo que nosotros pensamos a ese respecto. Y ni hablar de la amistad, porque si tanto la función del político como la del humanista se han distorsionado, al punto de llamar nosotros con tales significantes oficios muy distintos a los que se leen en los libros de los pensadores clásicos, ¿qué decir, entonces, de la amistad? Mientras a los griegos y a los romanos se les percibe (por los escritos a los que es posible acceder en la actualidad sobre sus vidas) continuamente inquietos y reflexivos en torno a las costumbres, el ser y las virtudes, al contemporáneo se le aprecia como si fuera un ser desprovisto de subjetividad, pues son pocas las cuestiones sobre las

virtudes de los antiguos que logran conmoverlo. Sin embargo, los griegos, a diferencia de los romanos, no estaban absorbidos por la política y los asuntos públicos.

Es un hecho que los hombres de la antigüedad grecorromana no estaban, como nosotros, influidos, inundados y paralizados por el mundo mercantil. Sin duda, ellos tenían otra clase de problemas, pero la amistad, así fuera en medio del campo de batalla, era tenida en alta estima y considerada de un gran valor simbólico y moral. En la actualidad es algo cuyo valor depende del favor o de la utilidad económica que la misma pueda reportar. Nuestra crítica no va dirigida solo al oficio actual del político, más interesado como sabemos en satisfacer sus ansias de poder que en llevar a cabo una auténtica labor social, sino también a nosotros y a los oficios que desempeñamos como sacerdotes, médicos y abogados, etc., los cuales, al parecer, en muchos casos también han sido permeados por la lógica macabra de la búsqueda compulsiva de rentabilidad, en detrimento del saber y de la amistad. El cultivo de la amistad, en la época del capitalismo salvaje y cognitivo, no es algo que preocupe mucho al sujeto actual, pues cada uno tiende a dar por sentado que vive solo e indiferente en relación a los problemas de los demás, dado que su única garantía y satisfacción consiste en estar conectado a múltiples aparatos tecnológicos que le crean la ilusión, como dice la canción de Roberto Carlos, de tener “un millón de amigos”.

Mientras para los griegos y los romanos, que también vivían como nosotros en medio de los conflictos y las guerras, la amistad tenía un significado altamente digno y virtuoso, que a la postre alcanzaba la estatura de lo espiritual, entre nosotros es prácticamente una palabra más, vacía de contenido. Como si la amistad, lo mismo que los grandes ideales del pasado, entre ellos el de la función paterna, la moral y las buenas costumbres, hubieran declinado y el hombre contemporáneo se hubiera quedado sin ningún motivo que lo lleve a confiar en el semejante y a experimentar algo de satisfacción saludable. Ese profundo aislamiento y vacío existencial, movilizad por las lógicas del capitalismo, es en buena medida el responsable de las crisis de identidad y de falta de animosidad del sujeto posmoderno. En cuanto a las guerras, Alex J. Bellamy, en su libro *Guerras justas. De Cicerón a Iraq*, nos dice:

Cicerón —como los filósofos griegos que lo precedieron— creía que el papel del Estado era mantener un equilibrio entre la naturaleza y el derecho con el fin de facilitar la búsqueda de la justicia y, por ende, de la felicidad [...] Argumentó que la guerra solo podía iniciarse para proteger la seguridad o el honor del Estado [...] Siguiendo a Platón, Cicerón afirmaba que “la única excusa [...] para ir a la guerra es la búsqueda de una vida pacífica sin sufrir daños”. Las guerras declaradas en busca de gloria también debían estar motivadas por el deseo de vivir en paz; Cicerón insistía en que tales guerras se llevaran a cabo con menor brutalidad que las libradas por la supervivencia [...] Para Cicerón, en consecuencia, no había ninguna contradicción entre luchar por la gloria de Roma y luchar para preservar la paz (2009, p. 47).

Así ella solo se pudiera alcanzar a medias como la verdad. Debe decirse que las virtudes (sean estas griegas, romanas, judías o cristianas) le imprimen a la vida anímica, por la vía de los grandes ideales que ellas envuelven, compañía, sosiego y tranquilidad del alma, factores de los que el sujeto actual parece estar desprovisto, constituyendo esta una explicación de



sus males, por los cuales experimenta una gran soledad, malestar y frustración que lo presionan a convertirse en un buen consumidor de productos; estos objetos, como sustitutos de los valores y las virtudes internas esfumadas, le hacen delirar con una compañía perenne que en realidad no posee, pues en lugar de aportarle paz, solo le generan angustia, tristeza y una mayor incomodidad. En tan malas circunstancias, se hace necesario acudir al bálsamo de las virtudes grecorromanas y al no menos importante e incanjeable valor de la amistad que, a la postre, en algo nos podría ayudar a sobrellevar nuestras crisis actuales.

Como humanista, Marco Tulio Cicerón, por ejemplo, se oponía a los poderes abusivos, y por ello le otorgaba a la amistad un lugar sublime y privilegiado, tanto así que la situaba en un lugar solemne y glorioso. Se podría decir incluso que con la noción de amistad que Cicerón elaboró, superó de paso, en varios sentidos, la concepción religiosa sobre la divinidad, ya que un amigo, con su disposición anímica y sus palabras, provee mucha más tranquilidad al alma de la que podría suministrar la divinidad con su silencio y separación de las cosas terrenas. Las palabras del amigo son como una compañía divina (idealizada), con la que nuestro ser se pacifican. El hombre, en todas las épocas, se ha apaciguado con palabras y ha tendido a mortificarse ante la falta de respuesta e intervención de la divinidad. La amistad es una relación entre iguales, por ello no hay sujeciones ni sometimientos de ninguna índole entre los amigos, pues en ella no hay lugar al sostenimiento de seres superiores. Mientras la relación con la divinidad es más imaginaria y el sujeto se siente sometido y obligado a obedecer sin responsabilidad, en la relación con el amigo existe una mayor simbolización porque el sujeto se dispone a conversar, a razonar y a tomar decisiones. Cicerón se refiere a las relaciones del sujeto con la divinidad en su obra *Sobre la naturaleza de los dioses*.

Quien opera del lado de los ideales (o desde la superioridad de otro) se ofrece siempre al borramiento progresivo de su ser. Es claro que, en circunstancias así, no pueda sino obedecer sin asumir responsabilidades por sus actos. Según José Luis López Aranguren, existe un vínculo conflictivo e irreconciliable, desde la antigüedad grecorromana, entre ética y política. En estas, el sujeto no es responsable de nada (como el niño con respecto al padre), mientras que en la amistad el sujeto ciceroniano es responsable de tres maneras: de sí mismo, de los otros y de las cosas, porque no está sometido a nadie.

Adicionalmente, en la amistad la palabra circula entre los amigos y ninguno tiene más poder e influencia que los otros. Las palabras de los amigos acompañan en momentos de angustia y de dolor del alma, son como un medicamento para el dolor de existir, que Freud llamaba malestar en la cultura. El ejercicio de la política, tal y como era pensado en la antigüedad clásica, está íntimamente relacionado con el cuidado de los otros, lo cual indica que la esencia misma de tal oficio es la amistad o el amor por la humanidad. En esta onda de pensamiento, es pues necesario entregarse a los amigos con palabras dignas, para nombrar lo que con ellos tenemos en común. Dado que los ideales han caído, es lícito decir que nuestras creencias religiosas y divinidades ya no son precisamente el modelo de los deberes y los derechos humanos, sino la amistad en relación con las virtudes, las cuales llegan hasta

nosotros por medio de los refinamientos y la representación de la ley, lo que se ha expresado por medio de la síntesis consagrada en la consigna “libertad, igualdad y fraternidad”. Una razón suplementaria para hacer resonar entre nosotros y de manera hermenéutica las ideas balsámicas y pacificadoras de Marco Tulio Cicerón sobre la amistad.

#### **4. Entonces, ¿qué es la amistad para el político Cicerón?**

Lo mismo que los griegos, y en especial los estoicos, Cicerón veía en la amistad una ocasión para regodearse y experimentar que no estaba solo, pues en la genuina amistad, tal y como veremos a continuación, el sujeto aprecia la vivencia de sentirse acompañado por sus amigos y en plena sintonía con sus pensamientos. Una experiencia que recuerda la del místico en relación con la divinidad; solo que, en la vivencia sublime de la amistad, el sujeto confía en la buena fe de sus contemporáneos y por ello puede ser engañado con facilidad, pues está convencido de que su presencia y sus ideas son altamente valoradas por aquellos. Un buen amigo es como un ángel guardián o, si se quiere, como una divinidad, alguien que no hace milagros, pero sí calma la sed del lazo social con sus palabras, que hacen las veces de padre, guía y protector, y suministra al espíritu el alimento simbólico necesario para conseguir algo de paz social y de tranquilidad individual.

El amigo conveniente es quien adopta una actitud serena frente a las expresiones creativas, diferentes y espontáneas de sus coetáneos, alguien que no se espanta a partir de la percepción de lo diferente y, por ello, no asume el rol del juez, cuya función es la de vigilar, castigar y excluir a quienes no son iguales a él. Veamos pues, con buena dosis de hermenéutica, qué podríamos pensar a partir de Cicerón, quien “en realidad, se encuentra en Roma en un ambiente político similar al que había vivido en casa de su abuelo: personas graves, de espíritu tradicional, respetuosos con el pasado, amantes de la patria y acrisolados instintivamente en el espíritu republicano” (Cicerón, 1992, p. XIII), aunque también es necesario recordar que estuvo rodeado de múltiples sujetos con actitudes por entero diferentes a las que aprendiera en casa y de su maestro Arquias. Hombres que Cicerón nunca vaciló en criticar, y en exponer, ante el conocimiento público, las actitudes perversas de aquellos en contra del bien común y de los derechos de sus contemporáneos.

El pensador romano se ocupa de la cuestión de la amistad en muchos apartes de su obra titulada *De finibus bonarum et malorum* (En los extremos del bien y del mal) [11] y particularmente en *Laelius de amicitia* (*De Amicitia o De la amistad*). [12] Considera en general que la primera obligación entre los amigos es la honestidad recíproca. Dice que la amistad inicia cuando el interés o el utilitarismo están más ausentes que presentes. A excepción de la sabiduría, Cicerón considera que el bien más grande que los dioses le han otorgado al hombre es el de la amistad, y por ello la considera un ascenso cultural (amoroso y benevolente) que va de la condición humana a lo divino (1984, p. 129). Por ello, los amigos, en el curso de las conversaciones, pueden llegar a experimentar que participan de la divinidad, es decir, de una conexión profunda con el semejante que va más allá de las apariencias y de los meros intereses, para ocuparse de cuestiones esenciales de lo humano. En *Sobre la naturaleza de los dioses* se lee: “Ha habido filósofos que afirman que los dioses

no ejercen ningún control absolutamente sobre los asuntos humanos” (Cicerón, 1984b, p. 26). Otros, por el contrario, creen que el mundo está regido por la razón divina. Los deberes y los derechos humanos bien podrían ser considerados como la parte divina de lo humano, pues constituyen una reflexión acerca de lo que realmente importa y dejan de lado lo que en nuestra época, desafortunadamente, es lo principal. El mundo al revés.

El buen amigo es quien concentra la atención y se solidariza con el semejante en sus desgracias, pues nada tiene que ver con la amistad el afligirnos por nuestras propias penurias, mientras le hacemos creer a los otros que estamos con ellos y el sufrimiento que expresamos se relaciona con ellos. Como la señora que va de un acto fúnebre a otro llorando aparentemente por lo que sucede, cuando en realidad su aflicción se relaciona con su propio duelo. Asunto que un freudiano no dudaría en calificar de narcisismo, experiencia de sí que cada uno tiende a encubrir o a disimular por medio de formaciones de compromiso o reactivas. Solo en la genuina amistad el sujeto es capaz de sentir pena o dolor por lo que le acontece a sus congéneres. El que en ocasiones nos apropiemos de gestos y palabras para hacerle creer a los otros que estamos afectados por lo que a ellos les pasa, es algo que en nuestra mentalidad utilitarista hemos aprendido a hacer de manera histriónica y calculada. En estos casos vale la pena preguntarse, desde la óptica de nuestras inclinaciones egocéntricas, si ello es real o es solo una apariencia y una manipulación. También es importante diferenciar la amistad de la envidia, pues en ocasiones lo que muchos llaman amistad es solo una apariencia y en lo real estaría la envidia, con sus modos de proceder destructivos. [13] Por esta razón, la amistad tiende a ser un artículo de lujo y no una mercancía que todo el mundo tiene de manera fácil, como en ocasiones se cree a partir de las “redes sociales”.

La amistad, lo mismo que los deberes y los derechos humanos, han de mirar, de acuerdo con Cicerón, “a lo que por excelencia se halla en la vida común y no lo que solo existe en la idea del deseo” (1984, p. 127). El deseo humano se asocia con la satisfacción propia del narcisismo y se opone a la vida en común, la cual requiere superar el narcisismo para poder hacer lazo social. En este sentido, existe una tensión entre narcisismo o egocentrismo y altruismo o amor social. El egocéntrico solo busca satisfacer sus deseos o sus deleites y por ello es incapaz de vincularse de manera desinteresada con los otros y en pro de una causa común y humanitaria como la defensa de los derechos humanos. Solo en la liberalidad (filantropía) el sujeto es capaz, por la sublimación de sus inclinaciones, de superar su animalidad para concentrarse en lo que a la humanidad le conviene desde el punto de vista de las virtudes, los derechos humanos y la amistad. Los derechos humanos son un intento de favorecer la preservación de la vida, en lugar de privilegiar la rentabilidad y el mercantilismo, como lo hacemos en la contemporaneidad.

Los seres humanos, dice Cicerón, hemos nacido con cierta tendencia, que a todos nos cobija, hacia el vínculo social. Esa disposición es cada vez más estrecha conforme a la proporción de cercanía entre unos y otros. Sin embargo, nuestro narcisismo es el obstáculo principal de ella y por ello hemos de trabajar con animosidad, para no dejar apagar esa flema que constituye la base del amor, la amistad y la relación con los demás. La propensión

natural a vincularnos con los demás, le diría un freudiano a Cicerón, se relaciona esencialmente con el Eros creador, el cual empuja a conservar la relación con el semejante, a diferencia de nuestras inclinaciones destructivas, cuya finalidad es la soledad, el aislamiento y el deterioro del lazo social. Ahora, tanto el envidioso como el enfermo mental y el criminal trabajan en una dirección contraria a la del lazo social, pues carecen de capacidad para regular sus inclinaciones y por ello tienden a ser excesivos, veleidosos y obligatorios como las bestias en la búsqueda de los deleites. En todo lo cual diríamos con Cicerón que falta la capacidad simbólica necesaria para la conservación de la vida en sociedad, la cual solo es posible por medio de la fuerza erótica de la amistad.

La virtud de la moderación, en tanto forma de la sublimación, es la base de la amistad. Sin virtudes la amistad no es posible, y de ello se infiere que los deleites, que se oponen a la integridad moral, son asimilados por Cicerón con el exceso y este con la falta de prudencia y de consideración, factores imprescindibles para que la amistad (como el motor del lazo social) se pueda cultivar y pueda existir. La prudencia ciceroniana, si es lícito decirlo así, se asemeja a la actitud sensata del psicoanalista que ha aprendido, tras múltiples batallas en la experiencia analítica destinada al cultivo del cuidado de sí, a administrar su libido, o como se dice en jerga psicoanalítica su “economía libidinal”, la cual le permite finalmente saber que, si es efectivo regulando su patrimonio psíquico, termina también siéndolo en la administración de los bienes materiales y simbólicos como el dinero, la palabra, el discurso y el acto. La verdad es que quien cuida de sí (y el sujeto que se psicoanaliza es uno de ellos) se convierte en un sujeto prudente y cuidadoso o administrador de sus recursos internos, y esto repercute en el cuidado que se debe tener en la relación con los demás, que en términos del pensamiento griego se conoce como política. Recordemos que la política, desde el punto de vista de Sócrates y de Foucault, es el cuidado de los otros, cuidado que simboliza tanto el cuidado de sí como el cuidado que se ha de tener con las cosas necesarias para la preservación del vínculo social, el cual, en palabras de Freud, es un lazo libidinal, como lo es también, de acuerdo con Jean-Francois Lyotard, “toda economía política”.

Sin amistad entre los hombres, los pactos simbólicos y sociales no tienen validez; de ahí que una sociedad en la que se alimenta el odio y la intolerancia no pueda vivir en paz, pues la paz es la consecuencia de la simpatía, el respeto y la solidaridad con lo más esencial de la vida, que aparece consignado (entre los griegos y los romanos) en las virtudes y, entre nosotros, en los deberes y derechos humanos. En esta lógica, Cicerón se pregunta cómo puede ser tolerable (según dice Ennio) la vida que no descansa en la mutua benevolencia de un amigo, y si se pueden sufrir las adversidades sin tener a alguien que las sienta aún más que los mismos que las experimentan. Sin amistad no existe respeto por los pactos simbólicos y sin estos no puede haber una comunidad que valore las obligaciones morales y los derechos fundamentales para vivir en relativa paz. La amistad verdadera, dice Cicerón, nunca es impertinente y jamás es molesta, pues hace más abundante la prosperidad y las adversidades con ella son más llevaderas. Ahora, el gran enemigo de la amistad es sin duda la pasión destructiva, la cual, en palabras de Freud en *El malestar en la cultura*, es la fuente principal del sufrimiento humano y de las patologías del vínculo social.

La amistad está íntimamente relacionada con la lealtad, condición del ser que, desafortunadamente, en la actualidad atraviesa por múltiples dificultades, dado que el sujeto ya no responde sino a la combinación entre la satisfacción de los deleites y los intereses económicos, los cuales perjudican la lealtad con los amigos y trastornan los valores esenciales de la vida. Es preciso, en este punto, decir que la lealtad en la amistad es otro de los nombres de los ideales que también han caído. Prácticamente nadie escapa a las seducciones del poder, la búsqueda del prestigio y los beneficios del dinero. Por esta razón, aún los amigos que en otra época fueran entrañables, adoptan finalmente una actitud de indiferencia y desconsideración con sus congéneres, a quienes llegan incluso a ocultar y a desconocer en momentos críticos, tal y como lo hiciera Pedro con el mismo Jesucristo, a quien negó varias veces, sugiriendo incluso, con esa actitud interesada y desleal, que no lo conocía. Conducta que genera algo de malestar, sentimiento de culpa y remordimiento por la falta de honestidad, lealtad y dignidad con los semejantes. Es esta una situación que la conciencia moral luego cobra, pues sabido es desde Sócrates que quien comete una falta a la honestidad tiende a pagar, así no sea muy consciente de ello, con malestar, angustia y desazón, autocastigo que en último término le impide al sujeto experimentar una vida buena como la que la filosofía ha recomendado desde los comienzos. En esta onda de pensamiento, nadie puede estar en paz consigo mismo si odia o padece de ideas obsesivas de agresividad y fantasías de muerte con los demás.

Todas esas situaciones, a la postre, crean las condiciones para que el caos y el malestar imperen en una colectividad, cuyos recursos simbólicos no le alcanzan a la mayoría para que perciba que el cumplimiento de las obligaciones es algo necesario y contribuye a que la convivencia sea tolerable. Ahora, es necesario advertir que cuando en la vida institucional los deberes y la amistad son valores poco tenidos en cuenta, el ambiente se enrarece, se mancilla y se oscurece, dando lugar a una decadencia paulatina pero segura de la catástrofe de la organización, así los funcionarios de la institución no reflexionen sobre la dimensión de la misma y solo estén interesados en recibir, como los infantes, el calor del pecho de la madre, a cambio de un salario mínimo o de una retribución insignificante.[14] La realidad es que desde la época de Cicerón el hombre ha tendido a dejar de lado sus más altos ideales, todo ello por seguir los deleites, el dinero y la fama. En esto la humanidad no ha cambiado mucho y tanto el hombre antiguo (griego y romano) como el actual han estado atravesados y exigidos por las mismas inclinaciones, que también nosotros debemos procurar encauzar, así ello nos genere, como Freud solía decir, un profundo malestar en la cultura del momento.

Entre los aspectos interesantes que la amistad suscita, Cicerón menciona las buenas esperanzas sobre el porvenir. Las esperanzas, dice el orador, no permiten que los ánimos desfallezcan o que el sujeto se acobarde en medio de las dificultades, por lo que cabe decir que ellas, lo mismo que las ilusiones religiosas, en parte contribuyen a que la realidad no sea tan dura, y por ello se le tiende a distorsionar, siendo el único fin encontrar otras salidas a los reveses de la existencia. Una especie de delirio al servicio de la benevolencia, que permite hacer frente a las experiencias negativas y poder sobrellevar con dignidad las desdichas más grandes de la vida. En este punto, dice Cicerón:

De este modo parece la muerte de una dichosa, y la vida de los otros digna de alabanza. Pero si se destierra del mundo la unión de la benevolencia, ninguna casa, ninguna ciudad subsistirá, ni aún el cultivo de los campos podrá subsistir [...] Porque ¿Qué casa hay tan fuerte, qué ciudad tan estable que los odios y discordias no puedan derribar? (1984, p. 129).

Líneas más adelante, Cicerón comenta que Empédocles, quien habló de la dialéctica entre la discordia y la amistad, solía decir que mientras todo cuanto existe y se menea en el universo lo despilfarra y lo liquida la discordia, todo ello también lo une y lo transforma en posibilidades la amistad, la cual nace del amor y a su vez engendra la conciliación y la benevolencia.

En la amistad genuina, dice Cicerón, nada es fingido o disimulado, todo en ella tiende hacia la verdad y proviene de la voluntad. Su origen está más del lado de la naturaleza que de la necesidad y se produce más por una disposición anímica amorosa que por el sentido de la utilidad. La relación con los miembros de la propia ralea, salvo casos de maldad patológica, se inscribe en esta lógica, en la que ninguna ofensa parece mancillar el vínculo de bondad y virtud familiar. El amor es la fuente principal de la conciliación entre los seres humanos, y cuando este afecto esencial falta, nada en la vida familiar o en el vínculo social parece funcionar, probablemente porque sin afecto no son posibles la significación, el poder simbólico y el vínculo social (Stavrakakis, 2010, pp. 106, 210). Las patologías del amor hacen que aún la amistad salga poco favorecida y que los vínculos con los demás no se caractericen por el respeto y la consideración. El odio, la venganza y la destrucción son efecto de tales patologías, las cuales se alimentan primero en la familia y luego se propagan en la vida social. Esto es tan real que por ello, desde la filosofía antigua pasando por Cicerón hasta nuestros días, pensamos que tanto el amor como la disposición para la amistad son la base de los vínculos y de las producciones en la sociedad. Con todo lo que el hombre se relaciona, sea material o abstracto, tiende a reproducir aquellas primeras experiencias vividas en la familia.

Cicerón considera que la amistad (a nuestra manera de ver, hermana de la bondad) se origina en la naturaleza y no parte de la escasez o la necesidad. Tanto el amor como la amistad se fundan en la naturaleza o falta estructural. No se trata de posesiones materiales, sino de atributos o características de la personalidad. Las virtudes, por ejemplo, constituían para los griegos y los romanos el más grande patrimonio al que un hombre sabio podría acceder. En nuestra época una riqueza así (basada solo en tales bondades y dignidades) es una nada a la que muy pocos quisieran aspirar. Sin embargo, la liberalidad comparte con la amistad una especie de vacío estructural, pues tanto esta como aquella se apoyan en el desinterés o la apatía por las cosas materiales. Razón por la que decimos que el objeto de la amistad es un vacío existencial, en el que el verdadero amigo se reconoce y por ello se solidariza con sus semejantes, a quienes percibe, paradójicamente, como seres grandiosos por su estilo de vida virtuosa o espiritual (no por su fuerza física o por las riquezas), estilo que en ocasiones es suficiente para que el amigo, tocado por la virtud, aprecie la tranquilidad del alma y la paz social; en todo lo cual, si vamos a ser pragmáticos, no existe

mayor provecho para quienes todo lo relacionan con los deleites. Según Cicerón, los romanos (como también nosotros) eran una raza muy primaria:

Ni siquiera hacemos preguntas o desafiamos a los dioses como hacen los griegos. Estamos satisfechos con la vida y no renegamos de ella siempre que tengamos suficiente comida y bebida, un buen alojamiento, concupiscencia y todas las delicias del cuerpo. Somos fáciles de complacer y nos regocijamos de nuestro placer. Nos gustan las mujeres, los gladiadores, los deportes, los cantantes, los danzarines, las tabernas y las joyas, los buenos caballos, los carros adornados, las alfombras suaves; en fin, la buena vida. Solo deseamos que los dioses sigan en el Olimpo y que se abstengan de mezclarse en nuestros asuntos (Caldwell, 2011, p. 473).

La amistad fija pues su atención en un objeto ideal entre los pensamientos del sujeto, los cuales armonizan con el amor, la benevolencia y la divinidad. El amigo genuino se conduce como los dioses: con bondad, tolerancia, aceptación de la verdad y compromiso existencial. El amigo leal no juzga como un amo punitivo y cruel, no culpabiliza y sojuzga; es quien poco se sirve de sus semejantes y en lugar de ello se inclina más bien a servirles, no por interés sino por amor y generosidad, pues si fuera por interés la amistad se disolvería tan pronto aquel llegare a faltar. La amistad, en esta perspectiva, es pues algo que experimenta muchos obstáculos y peligros, entre los cuales Cicerón menciona la duración. Solo pocas amistades perduran toda la vida y sin duda ello requeriría de constancia, tolerancia ante la frustración y firmeza en la capacidad para amar, la cual se relaciona, en la perspectiva de Freud, con la salud mental. La amistad es como un paño que cada vez dura menos, sobre todo en la actualidad, época en la que por la acción del mercantilismo los objetos son intercambiables y perecederos, al depender todos ellos de la utilidad. Llegados a este punto, Cicerón dice que no existe un mal superior en las amistades “que la codicia del dinero [...] Por cuyos motivos se han originado muchas veces enemistades muy grandes entre los mayores amigos” (1984, p. 132).

De acuerdo con este, la amistad no está libre de invitaciones a hacer por los amigos cosas injustas e injuriosas, y quienes se rehúsan a ellas corren el riesgo de ser considerados infractores de las reglas de la amistad. El problema aquí reposa en el hecho de pensar que todo, por la amistad, está permitido, pasando por encima de la honestidad y la dignidad, lo cual conduce a que, en muchas ocasiones, sobre todo en los oficios públicos, se instale la corrupción. En estas circunstancias, sería necesario meditar si en tales vínculos existe una genuina amistad, regida por la virtud y los deberes, o por el contrario se trata de alianzas políticas en las que las presiones llevan a tener que apoyar a alguien indecoroso porque se le debe un favor a otro. Según Cicerón, los seres humanos hemos de obrar, en los distintos oficios de la vida, de acuerdo con las circunstancias, no a partir de modelos preestablecidos. [15] La amistad no está pues libre de tales invitaciones y, por muy sólida que ella pueda ser, no está tampoco exenta de incubar graves e intensos odios que pueden durar por el resto de la vida. La pulsión agresiva o de muerte, como más precisamente la llamó Freud, es pues aquí otro peligro, quizá el más importante de todos, que amenaza de continuo a la amistad.

De ahí que sea necesario, tanto en la amistad, como en la familia y en la vida social en general, procurar reprimir o contener siempre la furia destructiva de nuestras inclinaciones e impulsos, por lo cual no es lícito conceder a los amigos ocasionar daños que atentarán contra la integridad y las buenas costumbres de los ciudadanos. De esto se infiere que el bien común en la política está por encima de las confabulaciones maliciosas entre los que aparentan amistad, pues, en la amistad genuina, quienes la comparten acuerdan ayudarse sin faltar a las obligaciones y a la dignidad, y saben de antemano que si no se toman las precauciones debidas, al final todo se devolverá, y lo que inicialmente fuera una amistad se podría transformar en reproche y enemistad. En tales condiciones, podría suceder con los amigos como al padre de familia, quien por evitarle un enfado a su hijo le concede la satisfacción de un deseo indebido, por el cual este, más adelante, le podría reclamar: ¿si sabías que las consecuencias de tal consentimiento eran perjudiciales para mí, por qué lo permitiste? La amistad debe pues caracterizarse por la racionalidad propia del cuidado de sí (ética), el cuidado de los otros (política) y el cuidado de las cosas (ciencia). Cuando tales formas del autocuidado faltan, es preciso dudar de una relación.

En esta onda de pensamiento, Cicerón comenta lo siguiente: “Es sumamente difícil que la amistad permanezca apartándose de la virtud” (1984, p. 132). La primera regla de la amistad es pues no atentar contra la honestidad por las súplicas caprichosas de los amigos. La virtud es fuente de conciliación entre los amigos, por ello conviene recordar a Sócrates, quien no dudó en exponerle a sus amigos las razones por las que consideraba poco digno escabullirse de la ciudad y faltarle a las leyes de la patria que lo querían enjuiciar. Todo no está permitido en la amistad, razón por la que Cicerón decía con insistencia “que los que proponen solo el interés en las amistades, quitan de ella su más amable vínculo [...] Luego no nace la amistad del interés, sino que de ella resultan las utilidades” (1984, p. 135). Estas son, de manera esencial, beneficios del ser, al servicio del cuidado de sí, y no tanto utilidades materiales como en nuestra época las solemos pensar. La amistad es tan importante que hasta el mismo Jesucristo decía que “no hay un amor más grande que el dar la vida por los amigos” (Juan 15:13).

Según Cicerón, comúnmente existen tres términos aceptados sobre el amor y la amistad. El primero es estar dispuestos para con los amigos del mismo modo como lo estaríamos con nosotros mismos; el segundo es amar a los otros en la misma proporción con la que ellos nos aman a nosotros; y el tercero, que de la misma estimación que se da uno a sí mismo dársela también a los amigos. Pero Cicerón no aprueba ninguno, porque le parece que no concuerdan con la realidad, pues en muchos casos uno está dispuesto a hacer por el amigo mucho más de lo que en condiciones normales haría por uno mismo. Al respecto, dice: “No es propio de amigos ser del mismo espíritu hacia otro, que hacia sí propio; sino esforzarse a animar el desaliento del amigo, y traerle esperanzas y pensamientos mejores” (1984, p. 137). Tampoco es propio de la amistad la ficción, el artificio y la tendencia a mostrar en público los defectos de los amigos. Según Cicerón la amistad debe ser más indulgente, “más franca y apacible, y más inclinada a toda cortesanía y afabilidad” (1984, p. 138). La desconfianza excesiva, fundada en la ficción, es también algo que afecta las relaciones y corroe la amistad.



Amar, decía Lacan, es dar lo que no se tiene, razón por la que el amor y la amistad tienen, según pensaba Jesucristo, un componente de valor sacrificial; si las cosas no fueran así, ello no tendría para el semejante ningún atractivo, el cual surge precisamente de la observación de que lo que llamamos amor o amistad es un excedente, un plus que estamos dispuestos a conceder a los otros; de ahí que el que ama o experimenta amistad trata en distintas ocasiones al objeto de amor con mucha más consideración y benevolencia de la que se trata así mismo. Así pues, los amigos para el profeta de Nazaret, los grandes ideales para Sócrates y la patria para Cicerón son objetos tan apreciados, que por ello fueron capaces hasta de brindar la propia vida por aquellas excelencias, lo que quiere decir que en muchos casos la vida propia es despreciable, en comparación con lo que representan los otros o los grandes ideales.

En esta perspectiva, se podría decir que Cicerón, en la introducción de *Sobre la república*:

...[hizo una] apología de los que habían consagrado sus vidas y sus cualidades a la patria, contra la opinión de los filósofos que recomendaban que no se tomara parte en la Administración del Estado. Cicerón, en cambio, defendía que la virtud es operativa, y el primer deber del hombre cabal es aplicar todo cuanto tiene y vale al servicio de la patria (Guillén, 1992, pp. 3-4).

Por lo cual se advierte que la bondad es el factor común que mueve a ocuparse de las cosas buenas en favor de los demás y constituye el más categórico de los incentivos para todo aquel que es movido por tan importante dignidad. Es por esta razón por la que entre los amigos es preciso evitar las discordias y, si por alguna razón, la amistad se acaba, que ello sea sin violencia, sin que se convierta en cruel aborrecimiento, por respeto a la amistad pasada. Esta actitud requiere de serenidad y paciencia para no adoptar reacciones primarias que deslucirían la mencionada magnanimidad.

Entonces, dado que el amigo no es cualquiera y los ideales tampoco son cualquier cosa, es necesario saber elegirlos y no pecar de ignorancia en la selección de las cosas excelsas, como por ejemplo los deberes y los derechos humanos, pues sabemos que existen en la lógica del mercantilismo múltiples objetos que no merecerían nuestra atención por lo vanos e insignificantes. A diferencia de cierta interpretación del cristianismo, que aconseja amar a los enemigos, Cicerón recomienda apartarse poco a poco y hasta cortar la relación con todos aquellos que por su falta de decoro y dignidad podrían afectar no solo nuestras vidas, sino también nuestra propia reputación y estima. Tal ruptura es prudente hacerla sin rencor u odio, porque, como dice Cicerón: “No hay cosa más vergonzosa que tener guerra con quien se ha vivido amigablemente” (1984, p. 137). Sin embargo, es preciso decir que, dada nuestra naturaleza vengativa y pulsional, es imprescindible que los seres humanos aprendamos a tolerar la agresividad y el odio y que este no sea siempre una excusa para prescindir de la relación con los demás, pues como bien sabemos a partir del psicoanálisis, los seres humanos hemos de hacer esfuerzos por sobrellevar, encauzar y sublimar nuestros impulsos destructivos, porque en realidad no existe una sociedad ideal en la que tales impulsos no tengan lugar.

La coexistencia de los derechos humanos pone en evidencia nuestra agresividad y el hecho de que, para conservar los lazos de amistad, los hombres requerimos domeñar nuestras inclinaciones, que requieren de un esfuerzo cultural por intentar refrenarlas por medio de los recursos simbólicos de que disponemos. Según Cicerón, la amistad está en relación estrecha con el respeto, y pretender despojarla de este es quitarle uno de sus mayores adornos. La amistad es un auxiliar de la virtud y por ello se podría decir que no es buena compañera del engaño y del exceso en los deleites, por lo que, entre los amigos, así sea molesta la verdad, se ha de prestar oídos a ella, pues, como dice Cicerón, “conviene muchas veces amonestar a los amigos, y aún reprenderlos, y esto se ha de llevar amigablemente cuando se hace con buena voluntad” (1984, p. 143). Lastimosamente, de la verdad surge el odio, que como dice el orador romano es un veneno contra la amistad, siendo peor aún la adulación, la cual encubre las faltas y lanza a los amigos por el abismo.

Finalmente, Cicerón precisa: “Mas la mayor culpa está en el que desprecia la verdad, y se precipita en el error por la adulación” (1984, p. 143). Quien se tapa los oídos para no escuchar la verdad de sus amigos, se priva del remedio que los enemigos más crueles sí le hacen reconocer. Como si la verdad solo fuera audible ante nuestros opositores y muy poco ante quienes están cercanos a nosotros, algo que también sucede en las comunidades de discurso, pues en ocasiones la verdad sobre algo nos la tiene que decir un foráneo de nuestro campo disciplinar para darle crédito a lo que en varias ocasiones y en distintas tonalidades ya hemos escuchado.

**Tomado del Libro "De Cicerón a nuestros días. Pasiones, deberes y derechos por la paz" de Elkin Emilio Villegas Mesa.**

---

[1] Según la exposición de Sigmund Freud en su obra *El malestar en la cultura*, la preservación de la especie humana y el vínculo social en la familia, la escuela y las instituciones sociales solo son posibles por el sentimiento de culpa, el cual, si bien es cierto es una fuente de malestar generado por la renuncia a la satisfacción pulsional, constituye el precio que los seres humanos hemos de pagar por acogernos a la ley y poder vivir en sociedad.

[2] En cuanto a esto, son pertinentes las palabras del autor griego Yannis Stavrakakis, quien, apoyado en Slavoj Žižek, dice: “Vivimos en una época de permisividad sin precedentes, a los niños les hacen falta límites y prohibiciones, y en consecuencia necesitamos restricciones firmes impuestas por una fuerte autoridad simbólica” (2010, p. 282).

[3] En este punto conviene recordarle a las juventudes colombianas y a las del resto del mundo (influidas por el fenómeno del declive de la función paterna y la caída de los ideales) las palabras del general Santander, quien, en una inscripción pública en la plaza de Bolívar de Bogotá, nos dice: “Colombianos: las armas os han dado independencia, las leyes os darán libertad”.

[4] En realidad pensamos que Cicerón, más que un político y un orador, fue un filósofo humanista, razón por la que en este trabajo enfatizamos sobre este rasgo y no en aquel que de seguro habría hecho de él un dictador o un tirano. Se podría decir que la filosofía, en la que encontró consuelo para su alma, también lo salvó de ser como muchos de los corruptos de su época.

[5] En cuanto a la condición de Roma, dice José Guillén: “Cuando en el año 51 publica Cicerón su diálogo ‘Sobre la república’, Roma se sorprendió gratamente ante el primer tratado que poseía sobre política y sobre la república” (1992, p. XVIII).

[6] En esta perspectiva, no le caerían nada mal a los políticos actuales las recomendaciones de Cicerón sobre la amistad, pues nada es más inapropiado para esta que la adulación, el halago y la condescendencia, vicio que según él es propio de hombres ligeros y engañosos que hablan solo para complacer a sus oyentes y nunca para decir la verdad.

[7] Nos referimos al hijo de lituanos inmigrantes Aurelijus Rūtenis Antanas Mockus Sivickas (nacido el 25 de marzo de 1952), matemático, filósofo y político colombiano, quien, además, tiene una maestría en Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia y un doctorado *honoris causa* de la Universidad de París.

[8] A la altura de la presente reflexión, recordemos las palabras de un general romano que le decía a Cicerón: “Consideremos los censores, los tribunos del pueblo, los políticos. ¿Hay hombres más vanos, brutales o criminales que los que gozan de un poco de autoridad y pueden pavonearse ante quienes los han elegido? ¿Hay alguien que pueda vanagloriarse de ser más ladrón que estos representantes del pueblo, alguien que no venda su voto por el honor de sentarse a la mesa junto con patricios o besar la mano de la fulana de un poderoso señor? ¿Quién es más traidor a un pueblo que quien jura que lo sirve?” (Caldwell, 2011, pp. 383-384).

[9] El tratado *Sobre la amistad* lleva el nombre *Laelius siue de Amicitia*, por la lealtad que en ella se guardan Escipión y Lelio. Cayo Lelio era también llamado el sabio por su vasta cultura, y había sido amigo íntimo y consejero de Escipión Emiliano. Estos dos ilustres y abnegados patriotas integraban el partido conservador y juegan un papel protagónico en el diálogo *Sobre la república* de Cicerón, texto en el que se combinan la honestidad y los deberes con los fundamentos de la política y de la amistad.

[10] La paz, como consecuencia de la puesta en escena y del cumplimiento de los derechos humanos, requiere de virtud y de salud mental, las cuales, sugería el doctor Luis Carlos Restrepo desde el exilio, en una larga entrevista el 23 de enero en la W Radio, desgraciadamente están más ausentes que presentes en Colombia, país en el que muchos de sus delincuentes, según las investigaciones en criminología, se asemejan a las actitudes del perturbado Catilina, cuya enfermedad, según Taylor Caldwell, había heredado de su familia (2011, p. 659).

[11] Elaboración filosófica en cinco libros, en los cuales se muestran el epicureísmo, el estoicismo y el academicismo de Antíoco de Ascalón. Se dice que Cicerón lo escribió en el año 45 a. C., en solo mes y medio. Es un trabajo extenso, lo mismo que las *Tusculanas*, y lo dedicó a Marco Junio Bruto.

[12] Cicerón reflexiona a partir de su propia experiencia sobre el significado de la amistad entre Escipión Emiliano y Lelio. El discurso es concebido tras la muerte de su mejor amigo Escipión y expresa los motivos de su duelo. Enumera las características de los buenos y los malos amigos. Cicerón enfatiza en la importancia de la virtud en la amistad, pues sin ella la verdadera amistad no puede existir. El escrito se apoya en la filosofía griega y constituye una confrontación para nosotros en una época en la que la amistad prácticamente depende de la utilidad.

[13] Una actitud similar a la de Terencia, la esposa de Cicerón, mujer que según Taylor Caldwell era incapaz de reconocerle a su esposo las cualidades por las que era admirado como cónsul de Roma (2011, pp. 618-620). Probablemente ese talante era el efecto de su insatisfacción, al no sentirse el objeto de amor y del goce sexual de su esposo.

[14] En relación con los funcionarios (o burócratas) Cicerón dice: “Cuanto menos importancia tenga el funcionario, más peligroso es, porque los burócratas insignificantes son implacables y vengativos, celosos de su autoridad” (citado en Cura, 2004, p. 57).

[15] Tal recomendación lleva implícita la operación griega de la prudencia, la cual implica tener que deliberar, juzgar y decidir. Obrar éticamente y de acuerdo con las circunstancias es algo que el

psicoanalista ha de tener en cuenta en su práctica o en la dirección de la cura, y se conoce, en la perspectiva de Wilfred Bion, como actuar “sin memoria y sin deseo”, es decir, sin esquemas técnicos pero con principios. En realidad, se trata de una forma de relacionarnos con nosotros mismos, con los otros y con las distintas circunstancias de la vida, que si la tuviéramos más en cuenta no tendríamos tantos conflictos con nuestros semejantes en el vínculo social.